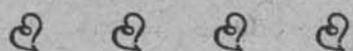


Boletín de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba



Enero a Abril 1932
Año XI - Número 34

SUMARIO

	Páginas
I.—Carlos Rubio, poeta, por <i>José Manuel Camacho Padilla</i>	5
II.—Carlos Rubio el soñador, por <i>Francisco Arévalo</i>	23
III.—Bibliografía de Carlos Rubio, por <i>José M.^a Rey Díaz</i>	27
IV.—Carlos Rubio, historiador, por <i>Rafael Castejón</i>	37
V.—A unas aves.....	41
VI.—Los precursores.—La historia ejemplar de un antiguo periodista republicano, por <i>Juan López Núñez</i>	47
VII.—Conmemoración del Centenario.....	53

CONSEJO DE REDACCIÓN

D. José de la Torre y del Cerro, Presidente.

D. Antonio Carbonell, *don Antonio Gil Muñiz* y *don J. Manuel Camacho Padilla*, Vocales.

PRECIO DE SUSCRIPCION

Diez pesetas al año.—Número suelto, tres pesetas.

BOLETIN

de la

Academia de Ciencias

Bellas Letras y Nobles Artes

----- DE CORDOBA -----



Año XI

Enero a Abril 1932

Núm. 34



1932

Tipografía Artística.—San Alvaro, 17

CORDOBA

Boletín de la Academia
de
Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes
de Córdoba

AÑO XI

ENERO A ABRIL 1932

NÚM. 34

FIGURAS CORDOBESAS
EN LA HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA



Carlos Rubio Colell

NACIÓ EN CORDOBA
1852

MURIO EN MADRID
17-VI-1871

En honor de este ilustre hombre de Letras, ha celebrado esta Academia, al cumplirse el primer centenario de su nacimiento, actos de conmemoración y homenaje.

CARLOS RUBIO, POETA

CORDOBA, 21 ABRIL 1932

DEDICATORIA

Si en este trabajo hay algo de algún valor, lo ofrendo, íntegramente, a Emilio Miranda. Con su entusiasmo desinteresado, con su arrebatado vigoroso, con la ironía de su lengua y con el eco risueño de su voz, alentó la celebración de esta fiesta, en la que el nombre de un periodista, ya habéis visto de qué altura, es el ilustre guión. Para Carlos Rubio, todo le parecía poco a Emilio Miranda; hubiera querido la estatua, la edición de sus obras, y la presencia aquí, en esta noche de homenaje, de don José Sánchez Guerra, como Director que fué del último periódico en que trabajó Rubio, y de don Alejandro Lerroux, como Presidente actual de la Asociación de la Prensa Española. ¿Se debía todo este entusiasmo a los muchos puntos de contacto que existieron entre ambos? Miranda paseó por la vida—lo mismo que Carlos Rubio—, un desprecio absoluto para todo cuanto nos preocupa, en general, a las gentes; pero al lado de esa despreocupación, ¡hay que reconocerlo! todos sabéis el gran tesoro de bondad que encerraba su alma buriona y desenfadada. Mirad como retrataba el glorioso don Benito a Carlos Rubio en *Prim*, una de esas gloriosas novelas de la serie de «Episodios Nacionales...»: «tuerto y picado de viruelas, vestido como un pordiosero, era el contraste más rudo que pueda imaginarse entre una facha y una inteligencia. Diógenes no parecía su maestro, sino su discípulo. Aborrecía el agua tanto como adoraba los ideales de Libertad y Justicia. Los que no conocían de él más que su prosa brillante, un poco lírica y sentimental, le habrían dado en la calle un ocha-vo moruno, si él lo pidiera. Así como otros pregonan con la efigie su importancia, a veces su talento, él no pregonaba más

que su extremada modestía. ¿Y qué mejor pregón de patriotismo que aquel pergenio de mendicidad? ¡Pobre Carlos Rubio! Jamás existió quien tan desinteresadamente trabajase por el bien de la Patria, a la que no pedía más que un pedazo de pan para comer y un trapo de deshecho para cubrir sus carnes. Si España necesitaba de él servicios patrióticos en determinado momento de su historia, y él los prestaba, ¡cuán baratos le salían! Envuelto en su miseria como en una toga, era digno, altanero, incorruptible». (página 159).

Si os fijáis en el alma de este retrato y en el recuerdo que seguramente guardáis del pobre periodista recientemente fallecido, vereis cómo son muchos los puntos de contacto que existen entre ellos y con cuánta razón el llorado amigo defendía con cariño y con calor fuertes y decididos el que nuestro homenaje de hoy tuviese la máxima brillantez. Porque en este día falta el calor de su entusiasmo; porque no ha podido llegar a ver realizada la que fué idea suya, insistentemente acariciada, porque se echa de menos su mirada amable y su risa burlona, he querido comenzar mi intervención de hoy con su nombre, haciendo constar públicamente que mi labor en este homenaje, se debe, en principio, a la fuerza de su exhortación.

Por lo demás, señoras y señores, yo recibo hoy, con alborozada alegría, una gran satisfacción; yo soy muy amigo de los humildes; y quiero además, mucho a mi tierra. Yo, en mis conversaciones particulares, hablo con frecuencia del abandono en que solemos dejar lo nuestro, atraídos por el brillo de lo extraño que nos suele engañar con el espejuelo de la novedad; yo se bien cómo en nuestra patria, y a través de los siglos, hemos tenido casi siempre el mismo desprecio por las cosas de nuestra casa, mientras que nos hemos deshecho en elogios cuando ha llegado a nuestras manos algo que venía autorizado con el marchamo de algún puerto aduanero; yo he tropezado, en fin, ¡la terrible frecuencia conque el brazo dolorido recibe todos los golpes! con la amarga verdad contenida en la fábula de Iriarte, *El te y la salvia*; y por eso, cuando veo que alguna vez queremos rectificar, se me llena el alma de entusiasmo, y quisiera manifestar de una manera alharaquera y estrepitosa mi adhesión incondicional. Y así me adherí al proyecto de homenaje a Carlos Rubio. Este cordobés había pasado por la vida, dejando en ella girones de esperanzas y manchones de su sangre generosa, sin que detrás de unos o de otros, las gentes se hubieran preocupado

por poner ningún hito de agradecido recuerdo. Sólo el Ayuntamiento había cuidado de que su nombre no se olvidara, poniéndolo a la calle donde nació; y nada más. Mas no era Córdoba la que olvidaba; era el carácter español, la torpeza de siempre, que nos hacía ocupar la energía de nuestra admiración con lo de fuera, mientras abandonábamos lo nuestro a la triste pereza del tedio o al dolor inconsolable de la pena. Ni en ciencia, ni en arte, ni en modas, ni en virtud, ni en enseñanza, ni en juegos, ni en costumbres, ni en nada, el español no ha tenido nunca sino desprecio para lo autóctono, olvidando que lo nuestro, aunque sólo fuera por haber nacido bajo nuestro sol, y al impulso de nuestra raza, tiene, por muy defectuoso que parezca, una realidad mayor y una adecuación espiritual más alta y mucha mayor eficacia que todo lo extranjero. Pero contentémonos con estas leves lamentaciones, puesto que bien sé que todavía no ha llegado la hora de que nuestra rectificación sea plena, y aún no podemos llenar nuestros días con el glorioso trabajo de ir formando nuestro espíritu, el alma colectiva de nuestro pueblo, con la esencia pura de nuestro sol; que nuestra tierra da ubérrimo fruto en cuanto se la trabaja con cariño y con fe.

Debajo del espíritu inquieto y fuertemente dinámico de Carlos Rubio, que le hacía acudir a la política y a la libertad de su patria con denodado arrojo, se escondía un alma eminentemente poética. Por no haberse dedicado exclusivamente a hacer versos, ha podido creerse que su inclusión en el glorioso y rico Parnaso español era algo artificioso y arbitrario. Y tal vez no se le ha dedicado nunca la atención que realmente merece a causa del criterio estrecho, neo-clásico que durante mucho tiempo se ha venido dando a la definición de la poesía, a la que torpemente se la ha supuesto ligada a la forma de escribir; y, en general, a todas las reglas que nos enseña la métrica más anticuada y de limitado impulso, a pesar del decantado romanticismo, que, valga la verdad no consiguió desterrar del todo el espíritu cuadrícula-do que nos llegaba del otro lado de los Pirineos.

Carlos Rubio sintió dentro de su alma, en todos los instantes de su vida, el ardoroso impulso que guía la mano del poeta; en todo momento oyó la voz de la musa, que acertó a dictarle generosos acentos; en toda ocasión supo cómo, al llegar la inspiración, el hombre pierde su materia y en éxtasis divino, la voz del amor puro y único dicta los requeridos acentos, ya dolorosos, y entonces, al desgarrar el alma, se llevan los tristes

sollozos dejando un íntimo y dulce consuelo, ya placenteros, y es cuando el alma goza de los pocos momentos de felicidad que, a los mortales nos es dado disfrutar en esta vida. Carlos Rubio sintió todo esto; pero jamás se preocupó por que las gentes supieran si él lo sentía o no; tuvo bastante con ir poniendo en sus escritos lo que de su alma iba sacando, convencido de que la voz de los demás, en alabanza de sus obras, no hubiera servido más que de acicate para que la gente que ofrenda su dinero en el altar de la belleza indiferente comprara su obra, que no era, en verdad, el objeto que él se propuso al escribiría. Aquel amor a la libertad que habeis visto alabado por don Benito Pérez Galdós, y que vosotros podreis comprobar enseguida que tomeis sus obras en vuestras manos, era gemelo del generoso desprendimiento que guiaba todos sus actos; de esa liberal despreocupación por las cosas materiales tan característica de quienes se acercan alguna vez a la alta región donde vive el verdadero ideal, desprovisto de la torpe adulación de la materia. Pero Carlos Rubio no se ocupó jamás en esto, y dejó su obra dispersa; es quizá algo culpable de que todavía no se le haya podido dedicar una mirada de conjunto, aunque esta mirada sea la de nuestra casa, la de nuestra Academia, humilde, pero fervorosa; porque en nuestra casa, tenemos que decirlo, sí hemos empezado a trabajar por que lo nuestro pueda sentir la caricia amante de la madre, aun a sabiendas de que tropezamos con el invencible obstáculo de la indiferencia unas veces, o el más invencible todavía, sobre todo para nosotros que en el amor de nuestra tierra ciframos nuestro orgullo, del desvío de las gentes que nos podrían ayudar, y que no nos ven, enturbiados sus ojos por el humo de la adulación, que los menesterosos quemar incansables, y entretenida su risa por el halago de la baja pasión satisfecha.

La Academia trabaja desde hace algún tiempo en que su casa contenga una completa Biblioteca cordobesa, y a pesar de sus esfuerzos no ha conseguido reunir las obras de este escritor insigne y no ciertamente por el valor que en el mercado puedan tener sus obras, pues por haberse editado en épocas en que la vida era barata, no tienen elevado precio, sino porque el olvido y la indiferencia los fué destruyendo o escondiendo.

Y sin embargo, se trata de un gran poeta. Es verdad que por el azar de su vida tal vez no pudo ocupar su tiempo en la labor de corrección, tan necesaria siempre; pero através de sus versos, poco limados, aparece con gran frecuencia el acierto indiscutible,

la metáfora encendida de entusiasmo, el grito henchido de inspiración.

Intentaré demostrar estas afirmaciones, haciendo un rápido recorrido por los poemas que he podido consultar; como me quedan por leer otros muchos, de los que tengo nota bibliográfica; este estudio ha de tenerse como provisional, y fácilmente modificable. Pero con estos pocos poemas es bastante para que, sino sacais el pleno convencimiento de que Carlos Rubio es una gloria del Parnaso cordobés, debéis culpar a mi impericia y a mi desacierto.

Las obras consultadas por mí han sido las siguientes:

1.^a «Al Excelentísimo Sr. D. Evaristo San Miguel». Está firmada con el seudónimo *Pablo Gándara*, y publicada en *Semanario Pintoresco*, de 1854, pág. 272.

2.^a «A la Serenísima Infanta Doña María Luisa.» Firmada también por Pablo Gándara y en *Semanario Pintoresco*, 1854, página 376.

3.^a «A Alemania.» En el *Semanario Pintoresco*, 1855, página 311.

4.^a *A unas aves.*

5.^a *Del mal el menos.* Ambas están incluidas en el tomo dedicado a *Poetas contemporáneos*, por la Biblioteca Universal, Madrid, 1922. Tomo 62, páginas 68-75.

6.^a *Napoleón.* Poema épico, inserto en la Revista *Eco de los folletines*. Madrid, 1854. Tomo I, 17 páginas. (La paginación en esta Revista comienza con cada obra).

Los tres poemitas insertos en el *Semanario Pintoresco*, están hechos de encargo o tienen las características de tales, y por eso no es de extrañar que adolezcan de falta de inspiración; claro es, que como pasa a todos los poetas que de verdad lo son, encuentra acentos, aún en estos temas no llegados a su alma por el cauce normal de la poesía, dignos de encomio. Así, por ejemplo, en el primero tiene este verso de acentuado realismo y clara observación:

Y aún el llanto en los párpados suspenso...

En el segundo aparece el amor a su tierra con acabado trozo,

Que ningún trono vale
lo que una sola lágrima del llanto
de gratitud que a vuestras plantas vierte
el pueblo de mi amada Andalucía.

esta nota de amor a su tierra, que tanto repetirá siempre con

reiterada complacencia, por estar dictada por una emoción sincera, tiene una forma definitiva y firme, a pesar de que el poeta no ha hecho uso de alambicadas palabras ni alarde de retorcido estilo. En el poema dedicado a Alemania, el romance corre con soltura, y esto es lo único personal de él, y ya sabemos que característica cordobesa, pues ligeramente, para alabar al pueblo alemán, al que de verdad admira, ha dicho algo que no siente: que quería irse a vivir allí.

Tampoco puede juzgarse todavía de la poesía de Rubio, leyendo el poemita titulado *Del mal, el menos*. Pero está escrito bajo una segura influencia: la del excepticismo de su época, que luego ha de dictar la casi totalidad de sus obras al poeta catalán Joaquín María Bartrina. Sin duda, éste tuvo muy en cuenta, al escribir sus poemas de dolor e indiferencia, este desenfado de nuestro paisano, que habla en este poemita del mundo con estudiado hastío, de las torpezas de los hombres con desprecio, y de la razón con asco y desesperanza.

DEL MAL, EL MENOS

- Pasó Dios una tarde por el mundo
y dijo al hombre: Pideme una gracia.
—Señor—respondió el hombre—, hacedme cuerdo;
y Dios repuso: —Lo serás mañana,
5 Aquella noche se alejó del mundo
la *locura* cual reina destronada
y la razón las riendas del gobierno
así con mano amarillenta y fiaca.
Más ¡ay! con la locura se fugaron
10 las modas, las costumbres, la esperanza,
la fe, el orgullo, y el amor y el odio...
toda... ¡enterita la comedia humanal
Volvió Dios a pasar a la otra tarde,
y al verle sublevose nuestra raza.
15 —¿Qué quieres, ruin familia?—dijo entonces
Dios cruzando los brazos.—¿Qué te falta?
Y de un extremo a otro de la tierra
todos los hombres a una voz exclaman;
—¡Ah Señor... la razón nos asesina...
20 ¡vuélvanos locos tu divina gracia!

En donde sí aparece Carlos Rubio con vigor ya, es en la composición titulada *A unas aves*. En este poema, el autor, como ya había hecho Espronceda, se la lamenta de hallarse lejos de la patria, a donde le ha conducido la lucha por la libertad. Con

este motido encuentra ocasión para alabar a Inglaterra, y para recordar a España y todo lo que en ella le atrae, sin dejar ni un momento de ensalzar la libertad, de que España, desgraciadamente carece.

Comienza recordando dulcemente a la querida patria,

- 1 Aves que vais hacia la patria mía
como van mis suspiros lastimeros:
¡llevadla el beso que mi amor la envía!

y enseguida, alaba Inglaterra, que le ha recibido

- 10 De aquei dios del trabajo eres la esposa
que los monstruos unció de mar y tierra
a su regia carroza victoriosa.

y que sabe respetar las ideas de todos, por lo cual merece que se la quiera como si fuera uno de allí

- 26 porque es la libertad la patria santa
de todo corazón y de toda mente.

y, como para excusarse, dice luego, con delicado tono:

- 28 mas no extrañes que anude mi garganta
recordando otro pueblo y otra historia
el dolor que mi espíritu quebranta:
que hasta elevado a la celeste gloria
conserva acaso el niño venturoso
de su pérdida madre la memoria.

Son entonces los acentos más viriles que nunca, y yo no dudo en afirmar que, para mí, este trozo—sólo este trozo—es muy superior al que con el mismo asunto dedica Espronceda en su *Ele-gía*. Los recuerdos de la patria son aquí de una vehemencia y de un ardor, verdaderamente ejemplares.

- 39 ¡Oh canciones del pueblo peregrinas
engalanadas con aquel idioma
que como el Tajo aurífero y abundo
cual flor de almendro de melífero aroma
compite siempre con el mar profundo,
ya cuando ruge como hambrienta fiera
45 y espanta y mueve y ensordece al mundo
y ya cuando en la alegre primavera
de amor suspira al declinar el día
besando cariñoso la riberal
¡Oh humilde albergue en que la infancia mía
50 junto a mi cuna con amor sentada
mi madre el libro santo me leía
y apoyando ambas manos en la espada

recordaba mi padre fatigado
las mil batallas en que fué mellada!

y aún encuentra ocasión para justificar, como ahora se suele hacer por los últimos tratadistas de los problemas sociales, esa actitud suya expectante, tan necesaria en toda República bien ordenada: la suave serenidad de los poetas de reminiscencia goethiana.

- 67 Que si el poeta las estrellas mira
mientras los otros reman, y se aleja
buscando flores cuyo aliento aspira
70 mientras los otros mueven trillo y reja,
es que está destinado a ser piloto
y a sacar miel de flores cual la abeja.

Pero él no puede volver a su patria; la dura opresión a que está sometida la libertad, le impide ni aun desearlo; le basta con la memoria que de ella tiene, que ya es bastante, para quien sabe querer de la manera que él.

- 93 ¡Volver a España que reposa inerte,
yo que llamé a su puerta con mi lira
y después con el puño de mi acero
y no he logrado despertar su ira!
.....
100 ¡No quiero ser de su opresión testigo!
Bástame su memoria, que, despierta
por doquiera que voy, viene conmigo.

Hace después una tétrica descripción de España, sometida a la vez a la tiranía de la Inquisición, al ciego y duro despotismo de los monarcas y a la crueldad de las gentes, todos al mismo tiempo cegados por el furor de una falsa religión, que ha encendido los pechos incultos de los españoles.

La personificación tiene rasgos de calenturienta emoción:

- 130 Con hipócritas muestras de flaqueza
postrá en la dura tierra una rodilla
y besa el crucifijo, y llora y reza;
y así acallada su conciencia, brilla
la soberbia satánica en sus ojos.

por todo esto él no quiere volver a su patria, y la impreca, diciéndole que sus hijos sabrán cumplir el juramento de no aparecer por ella, sino cuando puedan entrar ondeando el pendón de la libertad. Y de nuevo, al acordarse de la posibilidad de ver otra vez su casa, gime con delicada dulzura:

151 Aves que vais hacia la patria mía
 como van mis suspiros doloridos:
 llevadla el beso que mi amor le envía.
 Mas no colguéis en ella vuestros nidos,
 ni apaguéis vuestra sed en sus corrientes,
 ni os poseis en sus árboles floridos (1).

Y con ésto llegamos al más importante de los poemas que conozco de nuestro poeta, el que tiene por título *Napoleón*, y en el cual, cuando está recibiendo las primeras caricias de la juventud, prueba sus fuerzas, llenas de vigor, que le hubieran conducido a uno de los primeros lugares del Parnaso español, si la vida no le hubiere distraído con su crueldad.

Ya dice él mismo en el prólogo con que lo encabeza algo de lo que piensa de su obra:

«Este poema es una cosa rara, muy rara; al escribirle no he seguido el camino trazado por nadie; hasta he inventado un génesis para no usar los ya inventados. ¿He acertado? ¿Me he perdido? A estas preguntas tú eres quien ha de responder. Alguien habrá que no me entienda, aunque he procurado ser bien claro, y apelará a la historia para censurar mi alegoría; yo debo únicamente advertirle que he escrito este poema como todos los demás, para aquellos que creen que un libro no tiene más objeto que hacer pensar».

Es un poema dividido en cuatro cantos, y su asunto es el siguiente:

Canto 1.º Por un camino montañoso, junto al mar, baja un caballero, un soldado francés, a todo el correr de su caballo.— Francia, que estuvo vilmente sujeta a los tiranos, ha conseguido al fin que el pueblo

144. por cetro el hacha en la nervuda mano...

se redima, dando vida a la Revolución de 1789, que, mal dirigida al fin, volvió la mano contra sí misma; por ello quedó Francia debilitada y expuesta a la codicia de las gentes; que no la destruirán porque sus hijos tienen buenos elementos en su sangre para defenderse.

El soldado francés, que es Napoleón, se dirige a la tumba de una niña, en Córcega, para despedirse de ella y

295 y luego al rudo combate
 de la vida volverá.

(1) Es un poema en el que el dolor de la ausencia es lo único que informa; y la ausencia adquiere aquí los más acabados rasgos de verdad y de espíritu poéticos.

y junto a la tumba, canta una plegaria, imaginando unos genios que habitan nuestro mundo y con los cuales no podemos comunicarnos porque nos faltan sentidos; es una concepción atrevida donde aparecen otros habitantes del mundo, de más pura materia que la nuestra, que tal vez viven hasta dentro de nosotros; acaso haya pensado el poeta que el espíritu giró antes de manera análoga a como giró la materia, como formando nebulosas, y luego se fué reuniendo, por procedimiento análogo al de la materia. Una variante ó extensión de la teoría de Laplace. Esos seres vienen a ser los genios o ángeles que acompañan al hombre siempre, entre los cuales, naturalmente, el más bello, es el de los poetas. A la despedida de Napoleón responde la sombra de la niña; que pronostica a su amante grandes triunfos en la vida y le dice que ella siempre le esperará, porque él, hijo del pueblo, vencerá. Napoleón, sollozando, se aleja, a través de la tempestad. Véase, como muestra, esta bellísima canción inserta en la Plegaria:

379 Brilla tranquila la luna
en el limpio azul del cielo
y argenta su luz de hielo
el cristal de la laguna.

Un viajero que la mira
ve reflejado en su undoso
385 cristal un angel hermoso
que a los cielos se retira.

Le cree la ninfa bella
del agua y con la esperanza
de desposarla, se lanza
390 a la laguna tras ella.

Y al hundirse y al volver
los ojos al firmamento
ve al angel con vuelo lento
hacia su patria ascender.

IV

395 ¡Ay! El mar del dolor era el espejo
que pintaba tu imagen, angel mío;
mi locura abrazar quiso el reflejo,
y encontró un desengaño ya tardío.

Subiste al cielo perfumando el viento:
400 Si te ofendí, perdona mis agravios...
Tuyo es, bien mío, mi postrer aliento,
desciende a recogerle de mis labios.



Canto 2.º París se regocija al recibir al tirano, Napoleón.

25 Más ¿Qué tirano no tuvo
un pueblo que le ensalzara
si la flaqueza del pueblo
de los tiranos es causa?

Dice que Napoleón lo venció todo, y tiene una curiosa adivinación

73de su historia
asombrados los siglos venideros
dudarán, presumiendo que Lutecia
la inventó, cual sus fábulas, la Grecia.

que, como se sabe, se ha llegado a realizar, con la publicación de ingeniosos libros en los que se habla de que Napoleón no existió, y hasta se adentran en unas alambicadas semejanzas filológicas para decir que el nombre es el del mismo Apolo, levemente modificado por la agregación de un artículo. Pero Napoleón, al fin, se olvida de todo, abandona al pueblo y se engríe; y, como es natural, la gente que le seguía ciegamente, comienza a abandonarle. Parece recoger en este fragmento la leyenda o historia que circula alrededor de la Tercera Sinfonía de Beethoven, en la que el músico inmortal cambió la Marcha Triunfal en Marcha Fúnebre, cuando se convenció de la insaciable ambición del gran Corso. Después, (versos 117 y siguientes) describe un lago infecto y lleno de horrores, falto de todo género de luz, en el cual vive un espíritu que en otro tiempo recorrió el mundo, dejando escrito con sangre el camino por donde había pasado; cierta tarde Napoleón bajaba por el declive de la montaña y se encontró con el antro terrible; la naturaleza, extrañamente despierta, parecía oponerse a que el jinete continuara el camino, desencadenando una imprevista tempestad; el caballo se encabritaba violentamente, queriendo mostrar con su instinto la locura de aquella temeridad; pero el caballero desprecia todos los augurios malos que se le oponen, y descabalgó, ata el caballo a una roca, y se adentra en la oscuridad; todavía el genio del lago quiere persuadirlo, y le dice que si atreve a entrar, quedará eternamente sujeto a él, que representa el orgullo, la ambición, la vanidad, la avaricia, la crueldad, etc., y todo llevado al sumo grado; pero ni aun esto es bastante a contener los designios de Napoleón que, imperturbable, avanza, y acepta todas las responsabilidades, quedando desde aquel momento en la tierra como encarnación del genio del mal.

Viene luego una larga descripción de la llegada de Napoleón a Roma y de su consagración por el Padre Santo. Todavía en estos momentos se ve aconsejado por dos sombras, una representante del genio del mal y otra del bien, que le suplican de diverso modo; el del bien, instándole a que deje de ofender a Dios con su inmoderada soberbia, que pretende hasta llegar a humillar al Papa; y el del mal, para que persevere en su vanidad, puesto que la merece, y se haga dueño absoluto de Francia. Napoleón sigue esta última sollicitación y entra en el Templo.

492 Solo triste
 ahogado entre los gritos de alegría
 se levantó un gemido:
 el del genio del pueblo dolorido
 que de la Francia para siempre huía.

También aprovecha la ocasión para cantar a la libertad, que asegura que al fin logrará vencer (vs. 109-116), y para quejarse de la poca humildad que la religión manifiesta en su culto externo (vs. 253-306).

Canto 3.º Napoleón ha sido vencido por Inglaterra y llevado a la isla de Santa Elena, en donde vive prisionero. Merece un silencioso respeto, y que no se turbe su tranquilidad para que pueda dedicarse a la meditación o al recuerdo de sus hazañas. Hay un delicado canto al mar, en el que el general pone sus recuerdos y sus pensamientos, y nuevamente, un brioso canto a la patria querida y otro a su padre, que guardan una relación evidente con los que ya hemos visto en el poema *A unas aves*; bellísima es ahora la admiración del hijo, que sabe el sacrificio paterno.

194 En la terrible noche en que velando
 tu sueño eterno al lado de tu lecho
 estuve las heridas contemplando
 que hermozeaban tu valiente pecho...

Pero sobre todo, la sagrada emoción que siente al recordar a su España, a la que celebra sin reservas, porque al hablar ahora, nombra al pueblo; rica inspiración que encuentra los mejores acentos, paralela a la de los poetas que cantaron nuestra gesta de la guerra de la independencia, y que si ha permanecido olvidada, ha sido por la continúa lamentable rutina a que nos tiene acostumbrados la natural pereza nuestra, tan lamentable y tan encarrilada por los senderos del tópico estúpido. Y para que no se crea que un sentimiento ajeno al de la verdad,

que es el único que ahora y siempre me ha guiado, como puede observar lo cualquiera que conozca mi humilde actuación en la vida, os leeré estas estrofas:

118 Pero no sabe España ser esclava
y con lucha titánica en que acaso
su desesperación fuerza le daba
de su carro triunfal, detuvo el paso.

¡Gloria a mi patria! ¡Ufánense sus hijos!
Ser de España es un título de gloria,
a pesar de los crímenes prolijos
125 con que después oscureció su historia.

Pobre, inerme, cautivo entre cadenas,
por su cobarde Rey abandonada,
agotada la sangre de sus venas,
de orín cubierta su guerrera espada,

130 se alzó como león a quien procura
astuto cazador atar dormido;
un esfuerzo... rompió su ligadura,
y agitando la crín, lanzó un rugido

que los pasmados ecos repitieron
135 del uno al otro mar. Guerrera toma
la espada que sus padres se cifieron
cuando lucharon con Cartago y Roma.

Aíza el pendón que levantó Pelayo
en las rocas de Asturias, y el coloso
140 va cual condor que provocando al rayo
dirige el vuelo al cielo tempestuoso.

Puede quizá morir, no ser vencida;
ni esclava puede ser de gente extraña,
mientras un español quede con vida
Napoleón no reinará en España.

Este es el resultado de una verdadera emoción; quizá algún verso se resienta ante los oídos de un purista; pero el fuego de la inspiración auténtica es el que informa todos esos momentos de gran entusiasmo.

Canto 4.º Este canto encierra la descripción de la tumba de Napoleón y del monarca que ha ido a recibir la herencia del Imperio francés. Junto a ello, unas ligeras consideraciones acerca de lo que es el mundo y a donde llevan las vanidades terrenas; una débil alegoría de la llegada de Napoleón a los campos de Warterioo, en donde convoca a su ejército, acudiendo las sombras de sus soldados, que le acompañan luego a recorrer

los escenarios de sus triunfos, y un nuevo canto a la libertad, tal vez el menos inspirado de cuantos le dicta su musa.

* * *

Para llevar a cabo la realización de esta obra, en la cual aparece clara la mano de un muchacho, ya se ha visto como el poeta ha contado con una buena materia prima: la de una inspiración fecunda y brillante, que está repleta de fértiles promesas.

Hay en la obra una gran variedad de metros, como corresponde a su tiempo, en el cual ha recibido completa sanción todo lo romántico; así es que en el poema se mezclan, con la misma libertad que lo haría Espronceda, los metros más diversos. Hay, pues, romances de siete sílabas, de ocho—de estos son los que más abundan—y de once o heroicos; estancias de un número indeterminado de versos, mezclados los de 7 sílabas con los de 11, con rima perfecta, pero dejando con frecuencia algunos versos sin rima; redondillas, serventesios,—y al usar por primera vez de éstos, hace una curiosa advertencia, que dice: «Esta estrofa es una imitación de las bellísimas *cántigas* de doña Carolina Coronado. En este estilo, el más audaz, no se atrevería a ser original, y hay hasta arrogancia en querer ser imitador de la poetisa»...—en la cual puede observarse la extremada galantería del autor; octavas reales; y además algunas estrofas que pudieran considerarse como nuevas, y que si tal vez no extrañan en el siglo XIX, por lo muy variable que es en todo, sí chocan en el conjunto de las formas usadas en el Parnaso español.

Tales son:

1.^a Variantes de la octavilla italiana; versos de 8 sílabas con esta rima: *abcd' fbgd'*. (Canto I, vs. 305-336). (1)

2.^a Estrofas de 12 versos; rima: *âbcbdfghîhjf'*. (Canto I, vs. 650-673). (2)

3.^a Estrofa de cinco versos. Rima: AbAAb. (Canto 1, vs. 460-484). La tercera de estas estrofas tiene esta rima: ABAAb.

4.^a Otras variantes de la octavilla italiana.

a).—*abbc' ddfc'*. (Canto IV, vs. 1-8).

b).—*abac' ddfc'*. (Canto IV, vs. 17-24).

(1) La letra acentuada con acento agudo, indica que el verso termina en palabra aguda.

(2) La letra marcada con acento circunflejo, indica que el verso termina en palabra esdrújula.

c).—abac' dff'c. (Canto IV, vs. 40-48 y 57-64).

d).—abac' dfd'c. (Canto IV, vs. 73-80 y 81-88).

5.^a Octavas de rima análogas a la octavilla italiana, pero con versos de 10 sílabas. (Canto IV, vs. 173-244). ABB'C' DEE'Ċ'. Sólo presenta una variante; en los versos 237-244: ABAC' DEE'Ċ'.

Pero en donde manifiesta en verdad su espíritu de gran poeta, es en multitud de rasgos líricos con que está esmaltado todo el poema. Los trazos llenos de vigor abundan en las descripciones

C. I, 5 y a lo lejos, ronco trueno
 como presa fiera ruge,
 y las seculares rocas
 su rugido reproducen...

y esta otra

C. II, v. 165 ... el alto firmamento
 como un toldo el nublado oscurecía,
 y en su seno, agitándose violento
 feto del rayo, el trueno ensordecía.

o ya difunde la paz tranquila

C. II, v. 141 Inmóviles las aguas pestilentes
 de verdoso color se espesa el cieno,
 ni reflejan el cielo transparentes
 ni el aura riza su tranquilo seno.

y más adelante

C. I, v. 124 y como yerta losa, de sus tumbas
 las majestuosas aguas las cubrieron.

En esta metáfora, parece descender, al hacer la comparación en lo material; pero nótese la elevación que alcanza al tratarse de lo espiritual

C. I, 25 En silencio amenazante
 mar y tierra, ondas y nubes
 se miran cual dos atletas
 antes que iracundos luchan...

La pincelada dura y fuerte, en la que se advierte la ira con que se ve obligado a escribir frases que fustigan a lo mismo que él, por su extraordinario amor a la libertad y al pueblo, ama tanto, aparece cuando compara, con aciertos de expresión, los momentos en que la naturaleza está en calma, con la calma de

los pueblos; y dice, que éstos a veces, se levantan contra un tirano y lo destruyen...

C. I, 37 mas torna luego la calma
nuevo tirano los unce
a su carro, y nuevamente
tornan a su servidumbre.

También a veces ellas sirven para descubrir los grandes hombres.

C. III, v. 53 Como las tempestades, de los mares
las plantas de su fondo al cielo llevan,
así las turbaciones populares
ignorados espíritus elevan.

La dulce emoción lírica, la siente como Bécquer en esta lamentación:

C. I, 75 Algún día tan lijera
cuál su corcel, a esa joven
ha de llevar la victoria
eternizando su nombre;
pero hoy, del mundo ignorado
80 perdido entre las legiones
de los soldados franceses
nadie su nombre conoce.
Hoy una bala perdida
puede romper en su choque
85 ese huevecillo de águila
que al sol subir se propone;
puede romper la simiente
del cedro que a las regiones
del rayo alzará su copa,
90 dando sombra a todo el orbe.
¡Cuántos como él alentaron
en sus fieros corazones
un alma, rayo divino,
que sería entre los hombres
95 como el brillante lucero
que al fin de la oscura noche
anuncia del nuevo día
los pálidos resplandores;
y un ignorado suceso
100 que en flor su existencia rompe
en tumba ignorada encierra
sus gigantes ambiciones!

o da muestras de desesperación cuando dice

C. II, 356 ¿Quién se atreve a creer junto a la fosa
de la mujer querida
que entera allí reposa?

y luego después,

C. II, 371 ¿Quién podrá amarte, como yo, en el cielo?

La luna le inspira bellas estrofas

C. I, 379 Brilla tranquila la luna
en el limpio azul del cielo
y argenta su luz de hielo
el cristal de la laguna.

y más adelante

C. IV, 97 derrama su luz de hielo
tranquila luna argentada
como lámpara colgada
de la bóveda del cielo...

y ¿quién no creerá que está leyendo una poesía de las llamadas de última hora cuando encuentra estas palabras referidas al ángel de los poetas

C. I, 573 ...rocío de melodía
que hasta las almas penetra...?

Estos son los elementos que Carlos Rubio, cuando apenas acababa de cumplir los 20 años, utilizaba para escribir sus versos. Estas son las razones que yo tengo para decir que al festejar hoy a Carlos Rubio, no hacemos sino rendirle una cuenta que Córdoba le debía; estos son los documentos que Córdoba presenta como testimonios de su afirmación rotunda: Carlos Rubio es un gran poeta que honra a su patria y por ello la Academia lo recibe como hijo predilecto. Y si acaso dudáis de estas afirmaciones, leed, leed, las obras, porque ellas seguramente os dirán lo que mi torpeza o impericia no ha acertado a decir.

HE DICHO:

JOSÉ MANUEL CAMACHO PADILLA.



Carlos Rubio el soñador

El romántico

Carlos Rubio fué el trovador de la libertad. Se detuvo junto al castillo misterioso en que supuso habitaba la bella mujer; cantó su trova y recogió una flor arrojada por la dama. ¿Para qué más? Un romántico, como él era, tiene con esto bastante. Con esto y con ser leal hasta la muerte, al amor que no da sino flores, cuando más da, al amor a un ideal desinteresado y bello.

Nació Carlos Rubio el 21 de Abril de 1832, en la casa número 4, de la antigua calle del Baño, de Córdoba (hoy, dicha calle, lleva su nombre y la casa en que nació ostenta el número 20).

De modesta familia, ésta le dió la educación más esmerada, dentro de sus posibilidades.

Sus padres fueron, el capitán don Tomás Rubio y doña Rita Collet.

En la iglesia parroquial de San Pedro recibió las aguas del bautismo, el que más tarde había de ser batallador periodista, notable político y poeta, honra de las Letras patrias.

A la conquista de Madrid

Era muy joven Carlos Rubio, cuando, con intención de estudiar la carrera de Derecho y de conquistar la gloria soñada, marchó a Madrid.

Pero sus aficiones literarias, le hicieron abandonar los libros y entrar en las redacciones de los periódicos, haciéndose notar desde la publicación de su fantasía «A un lucero» (producción que publicó «El Coliseo»), entre los más distinguidos literatos, que le admiraron y le aplaudieron.

La notoriedad había sido conquistada; los periódicos de más prestigio de la época, solicitaban sus originales y Carlos Rubio, mostraba la curiosidad, a la admiración y a la envidia, por las calles de Madrid, su figura arbitraria de romántico, alejado de toda vanidad y de todo personal cuidado.

Liberal, de una vez

Así como ha habido hombres liberales lealísimos, honradísimos, meritísimos, ha habido hombres liberales que lo han sido en dos veces; liberal así y liberal de la otra manera; los ha habido liberales circunstanciales, liberales de ocasión, liberales de conveniencia y liberales tráfugas. Panzas llenas, ambiciones satisfechas, deseos cumplidos y luego ingratitud. ¡Horrible ingratitud para los hombres y para las ideas!

Carlos Rubio fué liberal de una vez y para siempre; liberal por sentimiento; por naturaleza, por convicción; no pidió nada, no se lucró con nada y lo dió todo, todo por su noble divisa de romántico liberal.

Y por ser liberal sacrificó su tranquilidad, su sosiego y, con la pluma y hasta con la espada, defendió la idea generosa, siendo estimadísimo de los hombres políticos de altura, como Sagasta, Prim y otros.

El destierro

El partido progresista sufrió grandes vicisitudes y Carlos Rubio, se vió precisado a emigrar a Inglaterra.

En el destierro, no permaneció ociosa su pluma, que produjo bellas poesías y admirables prosas, impregnadas de la intensa melancolía que embargaba el alma del ausente de su patria.

En castigo de amor

Allá en Londres, donde es utilizado, como secretario, por Prim, Carlos Rubio piensa constantemente en España, amor de sus amores y tiene fe en el triunfo de su ideal; fe, esa fe que nunca le faltó, que fué como un hálito divino, alentador de su vida de azares y penalidades.

Ved lo que escribe en la capital inglesa, dedicando su libro «Colección de cuentos a María Heredia»:

«Te había ofrecido un libro, querida niña, y te lo envió desde el extranjero suelo, por donde vago, triste y solitario, en castigo de amor a mi patria».

El regreso a España

Con el triunfo del partido político a que pertenecía, verificose el regreso a España, de Carlos Rubio, al que sólo pudieron hacer aceptar un puesto en la Cámara y un modestísimo destino.

Carlos Rubio y Castelar

Uno de los mayores triunfos de Carlos Rubio, fué el obtenido con motivo de una polémica entablada entre él y el mejor orador español, Emilio Castelar.

Esta polémica se suscitó al tratar de la fórmula del progreso, Carlos Rubio en «La Iberia» y Castelar en «La Democracia».

En la justa del ingenio y del saber, Carlos Rubio venció al gran tribuno, lo que acrecentó, en proporción extraordinaria, su prestigio.

El abandono personal

Según sus biógrafos, Carlos Rubio fué el prototipo del hombre abandonado, que no cuida de sí en lo material, sino en lo espiritual.

En cierta ocasión fué a su casa don Práxedes Mateo Sagasta, el cual halló, entre mil papelotes tirados en el suelo, un billete del Banco de España, de quinientos reales. Sagasta recogió el billete, al mismo tiempo que entraba en la habitación Carlos Rubio, el que le manifestó que había tenido que salir a buscar dinero, pues carecía de lo más indispensable.

—Y sin embargo—dijo Sagasta—este billete estaba entre los papeles del suelo—y le entregó el billete.

Carlos Rubio, lo cogió, sin muestras de alegría y empezó a hablar de política.

Y esta es la gloria

El 17 de Junio de 1871, murió, en Madrid, pobremente, como vivió, Carlos Rubio.

Su joven naturaleza, agotada por las penalidades, los sufrimientos y los infortunios, se rindió al fin.

Unas lágrimas de los amigos; unas flores sobre su tumba; sus versos, sus proclamas, sus cuentos leídos.

Y ya, para siempre, el recuerdo de lo que sufrió, creó y amó.

Recuerdo que se hace imagen invisible, al pie de su tumba.

Y esta es la gloria, que vela su sueño eterno.

FRANCISCO ARÉVALO.

Bibliografía de Carlos Rubio

SEÑORES ACADÉMICOS:

SEÑORES INVITADOS:

La feliz iniciativa del Catedrático don José Manuel Camacho, de ensalzar la figura del escritor CARLOS RUBIO, con ocasión del primer centenario de su nacimiento en Córdoba; el plan trazado por nuestro compañero para este acto conmemorativo y el deseo de ayudarle a obtener ahora, lo que antes de ahora no era conocido: una nota bibliográfica completa, el repertorio de los libros y escritos del desaliñado periodista bohemio, me ponen en el trance de mendigar la dádiva de vuestra generosa atención para unas pobres, breves y sencillas palabras mías.

Si CARLOS RUBIO fué tan apreciado en vida, que mereció desde muy joven... (dígalos por nosotros el verbo incomparable de Castelar) «*ser de todos en España conocido por la dulzura de sus versos y la inspiración inagotable de su númen*»... parecía natural que, de su nombre famoso y de su obra admirada, hubiesen quedado en la ciudad natal, perennes y vibrantes señales de aprecio. Era presumible, que su biografía—biografía de contemporáneo—, fuese rica en detalles; y que la lista de sus producciones literarias se hubiera formado, conservado y transmitido con todo rigor de exactitud.

¿Por qué no ha sido así?

.

Vamos a aventurar un juicio que resuelva esta interrogante. Una opinión personalísima que, acaso no será compartida con las demás ilustradas personas que han de intervenir en este acontecimiento.

CARLOS RUBIO—a nuestro entender—, con haber sido excelente escritor; con haber gozado de la popularidad que en su tiempo correspondía a un gran periodista de lucha; con haber contendido, pluma en ristre, con el primer tribuno de la Nación; con ofrecérsenos como ejemplo vivo

de exaltación patriótica en las filas de vanguardia de los hombres liberales de entonces; con haber merecido que el país entero le escuchase atentamente a la hora de ponderar las esencias del partido progresista, no ha logrado nunca, ni en sus días ni después, por parte del pueblo de Córdoba, el aprecio merecido, porque... no era cordobés.

No era cordobés, decimos, porque no basta haber nacido en una tierra para quedar incorporado a ella. En fin de cuentas, si de Córdoba era por razón de nacimiento, el nacimiento es un hecho circunstancial, fortuito, involuntario, que por sí sólo no basta para que los hombres pertenezcan a una patria. CARLOS RUBIO nació aquí, como pudo nacer en alta mar o al borde de un camino en una parada de la «diligencia». Ni sus padres pertenecían a familias cordobesas, ni aquí habían tenido nunca arraigo alguno. De Soria, era don Tomás Rubio; catalana, bautizada en Urgel era doña Rita Colell, casados por poderes en Madrid y vecinos breve tiempo de Córdoba, tal vez a poco de nacer el hijo acaso en la primera infancia de Carlos María, levantan los tres la residencia de aquí. Al menos en los padrones municipales, se pierde dos años más tarde, el hilo de esta familia.

Y decimos todo esto, para explicar, cómo el poeta, cuentista, historiógrafo, periodista y político, no vuelve—que sepamos—a dirigir ni una mirada a Córdoba; ni compone—a juzgar por los títulos—una poesía siquiera inspirada en alguno de los muchos temas sugestivos que nuestra tierra sabe brindar a los que la veneran; ni hace en sus obras debilísima alusión siquiera a su patria menor (sólo en una novela mienta a Córdoba de pasada); ni acusa—a nuestros ojos—las características intelectuales del tipo racial cordobés.

Carlos Rubio no era nuestro.

Para ser cordobés es preciso pertenecer intensamente a Córdoba, y ello se logra, unas veces por razón de nacimiento, otras veces por razón de vecindad; pero siempre cuando se vincula a esta ciudad la admiración y el cariño y por ella se lucha con fervor y para ella se vive y se trabaja. Córdoba misma así lo entiende, y por ésto suele amar a los extraños, a veces, más que a los propios.

* * *

Estas aseveraciones podrán parecer extraña portada para dar paso a una simple nota bibliográfica; pero es forzoso justificar de algún modo el vacío que se nota en las Historias de la Literatura cordobesa, llegada la

hora de tratar de Carlos Rubio; la extraña imperfección y la inexactitud de que adolecen las noticias bio-bibliográficas de un hombre de ayer, de un escritor que cobró extensa fama por lo mucho que batalló con su pluma en el campo político nacional.

La primera mirada de quien busque el repertorio de los escritos de un cordobés que se haya distinguido en Letras, ha de ser hoy para Ramírez de Arellano en cuyo espléndido «Ensayo de un catálogo biográfico de escritores de la provincia y diócesis de Córdoba, con descripción de sus obras, se halla», en todo caso, acopio de materiales que representan el esfuerzo de dos generaciones de eruditos averigüadores de nuestro pasado.

Y Ramírez de Arellano, coetáneo en su juventud de Carlos Rubio, apenas dedica ocho renglones a su vida, y se contenta con anotar una eola de sus obras: la Historia filosófica de la Revolución.

Si dejamos este gran libro (básico casi siempre para todos nosotros) y acudimos al Diccionario de Osorio y Bernal: «Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX», hallaremos algunos pormenores, más o menos exactos de la vida azarosa del personaje que aquí estamos resucitando; nos deleitará la transcripción de cierta semblanza que nos lo pinta a lo vivo; pero en cambio serán escasísimas las noticias que de su obra como literato nos brinde, el catalogador de los generosos varones que en la cuna del periodismo español sacrificaron sus ingenios, derrocharon sus talentos en la ingrata labor de la hoja volandera.

Y, si a las Enciclopedias acudimos, pronto observaremos el contraste: En una, curiosos pormenores de la existencia de Carlos Rubio seguidos de una selección bibliográfica que apenas abarca veinte obras; en otra, la síntesis de su vida adornada de algún juicio hiperbólico sobre sus cualidades como cuentista, y otra vez la lista comprensiva de la misma veintena de trabajos literarios, lista en la que hemos podido anotar hasta seis errores en fechas.

Registrados los índices de las más importantes Bibliotecas públicas y particulares de Córdoba, sin resultado estimable, por adolecer todas ellas de falta y aun de carencia de fondos bibliográficos de Carlos Rubio, llegado era el momento de repasar cierta nómina gloriosa que la ciudad, madre de tantos y tan preclaros ingenios, viene escribiendo silenciosamente y guardando en el sitio donde está asentada su representación legal. Nos referimos a la Casa Conristorial y al Excmo. Ayuntamiento, en cuyo Archivo puede verse y consultarse por todo vecino desde hace cincuenta años

un libro manuscrito donde figuran los escritores cordobeses y los datos más salientes de sus producciones literarias.

.....

Fué entonces, en 1881, cuando un antecesor nuestro en el cargo de Archivero de la Ciudad, el venerable López Amo, también académico y bibliotecario muchos años de esta Academia, espoleado por el deseo de perpetuar la memoria de los varones ilustres en Letras, aquí nacidos, los catalogó por riguroso orden alfabético y anotó escrupulosamente los títulos de las obras que cada uno había compuesto, bebiendo en las fuentes de información de que hasta entonces se disponía, singularmente en la Historia de Morales y Padilla en donde tantos han bebido antes, ahora y luego, y acumulando noticias acopiadas por los estudiosos del siglo pasado: Don Luis Ramírez de las Casas-Deza y don Carlos Ramírez de Arellano, entre otros; aumentando y enriqueciendo el acerbo, con datos deducidos de libros y publicaciones hasta obtener, en suma, una relación de nombres y de vidas (o al menos de ellas sus fechas extremas) de doscientos y tantos cordobeses y la noticia de unos seiscientos libros por ellos producidos. Quien tal hacía, quien tan meritorio servicio prestaba a Córdoba y a su Consejo Municipal, completaba cuidadosamente su tarea benedictina procurando que el Ayuntamiento comprase o buscase por todo medio ejemplares de las obras de los coterráneos ilustres en Letras, logrando atesorar con laudable empeño los elementos que ahora constituyen la sección de autores cordobeses de nuestra Biblioteca consistorial, puestos desde hace medio siglo a mano de estudiosos y de eruditos.

Aquel Catálogo, celosamente concebido y escrupulosamente redactado, en el que hemos ido haciendo con el mayor interés y deleite, correcciones, anotaciones y adiciones, los tres cordobeses que hemos ido sucediendo a López Amo en el honroso puesto, aquel Catálogo que duerme bajo llaves conservado y estimado con *el mimo* que se guarda un arbol de familia, porque él es en verdad la ejecutoria mejor ganada a través del tiempo por los hijos de nuestra nobilísima madre, la *clara fuente de sabiduría*.

Aquel Catálogo, decimos, siempre tomado como punto de arranque a la hora en que los estudiosos se orientan en todo trabajo sobre libros de autores cordobeses; aquel inventario de los valores intelectuales aportados al tesoro de las letras españolas por la excelsa ciudad de Séneca, aquel devocionario en cuyo frontis escribió un calígrafo anónimo la frase feliz de Sidonio Apolinar: *Non quod Corduba prepotens alumis*, y aquella otra hermosísima de Pedro Mantuano: *Corduba nobilium genetrix fecunda vi-*

rorum, y sobre los dos, el piropo con que el Padre Mariana regaló los oídos de Córdoba: *Urbem in Beticam nobilem ingenioron matren...*

Perdonen la extensa digresión: En aquel catálogo, declaramos haber hallado lo que en libro ni revista ni periódico ni publicación alguna pudimos encontrar: La bibliografía de Carlos Rubio, suministrada a raíz de la muerte del escritor o tal vez después, pero siempre en la primera década que siguió a su desaparición de la vida, por un amigo muy íntimo del poeta y periodista: por don Pedro Barranco y Lanzas.

La bibliografía de Carlos Rubio, encabezada con el cuento titulado EL PESO DURO que Rubio publicó a los veinte años en folletín en el diario de Madrid «Las Novedades», y bajo el seudónimo Pablo Gámbara, y rematada con publicaciones de sus obras, hechas después de su muerte, abarca los diez y ocho años de tarea que ocupan la segunda mitad de la triste vida de aquél.

Nosotros ahora nos hemos limitado a perfilar ese repertorio mediante una comprobación detenida de la autenticidad de sus datos con los escasos ejemplares que en Córdoba suelen hallarse de algunas de sus obras, y así: ... poesías, novelas, cuentos, artículos de crítica, exposición doctrinal del credo político progresista, se han ido cotejando, y el resultado de la compulsión ha sido concorde sin excepción. Después, la relación confeccionada un poco a la antigua en el Catálogo del Archivo Municipal, ha sido vaciada por nosotros en cédulas con arreglo a las prácticas usuales entre los *amigos del libro*, y aquí está, contenida en 71 papeletas que, para su manejo, y aún para su publicación en nuestro BOLETÍN—si vosotros, señores Académicos, lo estimais conveniente—nos honramos previa la venía que para ello pedimos al Excmo. Ayuntamiento, representado por su alcalde don Francisco de la Cruz Ceballos, en pasar a manos del Catedrático de Literatura señor Camacho Padilla, nuestro laborioso compañero, para que en ellas sea moneda, que al ponerse en circulación entre la gente de Letras, sirva para lograr que Córdoba, la Córdoba de hoy y de mañana, conozca mejor a Carlos Rubio, cuya es, la alta finalidad práctica de actos literarios como el que ahora mismo estamos celebrando.

Al fin, después de sesenta años abre nuestra vieja ciudad el arca de sándalo donde venía guardando cuidadosa con amores de madre, los lauros que Carlos Rubio cortó del árbol de la Fama, sin saber que su tierra natal había de complacerse en recogerlos. Son ellos preseas de gloria y de triunfo que Córdoba—como nuestras abuelas con sus joyas—saca esta noche, mira, recuenta y vuelve a guardar, arrebolada de emoción y de orgullo.

En ese lapso, desde que Carlos Rubio murió hasta hoy que movemos su recuerdo, su nombre y su obra, han venido encadenados con estimación y con aplauso en los anales de la ciudad, aún cuando en ella no haya habido quien realice la labor crítica que el personaje merecía. La lista de sus obras en el catálogo que hemos exhumado ahora; el acuerdo capitular de 11 de Febrero de 1881 dando su nombre a la antigua calle del Baño baja en que naciera; el deleite con que algunos buenos cordobeses leyeron hacia el año 1906 al aparecer el tomo de los «Episodios Nacionales», que traza la gran figura de Prin, el retrato literario que el inmortal don Benito hizo del deseado personaje que a Prin acompañó sirviéndole de Secretario en el destierro; los artículos sembrados de anécdotas que en las páginas de «Por esos mundos» nos diseñaban va para treinta años, lo que fué y cómo fué Carlos Rubio, los no menos interesantes de nuestro periodista local recientemente muerto Emilio Miranda, vida paralela a la de Carlos Rubio en lo del descuido personal y pluma chispeante que muchas veces solicitó un homenaje para la memoria del maestro y precursor de periodistas; los estudios metódicos, serenos, burilados, sobre las mejores páginas de Carlos Rubio, que realizaba en los últimos años nuestro compañero el señor Priego López, para troquelar una antología de cordobeses destinada a las escuelas, aún inédita para los demás, pero para nosotros conocida; los bellos párrafos en que nuestro también compañero el poeta Francisco Arévalo ha cantado al escritor enamorado de la Libertad, en las planas del «Diario Liberal» en Febrero de 1928 primero, y después en las del «A B C» no hace dos meses; la determinación más o menos adecuada de bautizar con el nombre de Carlos Rubio las escuelas nuevas que en estos días se abren en el barrio de las Olle-rías, y por fin: el momento que ahora está viviendo nuestra Academia, eslabones son de la cadena que ha enlazado con este de hoy, el día en que acabó la azarosa y triste existencia del hombre todo corazón «que no vivió para sí, sino que vivió para su patria y para la Libertad».

* * *

Es llegada la época de estudiar a Carlos Rubio, visto a través de cien años cuando ya la crítica actúa serena y desapasionadamente sin peligro de equivocarse.

Para comenzar a trabajar sobre él, ahí os dejamos el guión de su bibliografía.

Entregadla a los estudiosos muchachos que alegran nuestros centros do-

centes, con encargo de que lean cuentos y novelas buscando en ellas lo fácil de la forma, la claridad y el buen sentido. Decid a los alumnos que cada día pasan por el aula de Literatura de nuestro Instituto, que cuando contemplen la figura venerable de Quintana, estudiante en Córdoba y al final de sus días «POETA CORONADO» sepan que esta suprema distinción fué otorgada al vate a petición de Carlos Rubio entre otros, y a virtud de una maravillosa pieza literaria que Carlos Rubio cinceló.

Sirva también la lectura de sus artículos, de norte a los periodistas militantes que trabajan para nosotros en esta ciudad y cuya fatiga y esfuerzo desinteresado y generoso hallará consolaciones al pensar que Carlos Rubio que tanta reputación ajena labraría con su pluma, que tanta medianía política engrandeció con su alabanza, tuvo que aceptar los productos de una colecta pública para costear su vida de enfermo, muriendo al fin en la miseria.

Sea igualmente Carlos Rubio para las agrupaciones políticas en que bulle la juventud de hoy, prototipo de aquella antigua gravedad española que hacía hombres cabales y perfectos caballeros de los mozuelos de 20 años, batalladores en defensa de altas ideas, como él lo fué al fundarse «La Iberia» a raíz de la Revolución del 54.

Hora es, en fin, de estudiar a Carlos Rubio, porque es hora de sentir con varonil entereza—como él lo sintiera—el ideal de Patria. Ocasión felicísima de aplaudir—cada cual desde su punto de vista—a este decidido amigo del pueblo, tenaz defensor de la Libertad, por la que tantos contratiempos y tantas amarguras padeció, desdichas que por su alma pasaron sin dejar huella ni apagar ni entibiar siquiera su exaltación febril.

Hora es señores todos, de exhumar sus propias palabras para exclamar con él:

«Yo amo a mi patria, a España, como se ama a una madre desgraciada, y mis únicos deseos, mis únicas aspiraciones se cifran en la esperanza de que mi patria prospere y viva feliz».

JOSÉ M.^a REY DÍAZ.

BIBLIOGRAFÍA

El peso duro. Cuento. En folletín en «Las Novedades». Números del 20-21-23 y 24 de Agosto de 1853.

A un Lucero. Fantasía. En «El Coliseo», revista literaria. Año 1853. Números del 16 al 24 de Noviembre.

La amante muerta. Cuento. En «La Ilustración». Febrero de 1854. Páginas 51 a 54.

Martín de Aranda. Novela. Dedicada al señor don Angel Fernández de los Ríos. En el «Semanario Pintoresco». 1854. Páginas 148 a 151-157 a 159-164 a 166-175 y 176.

Un angel en el mundo. Fantasía. (Dedicada al señor don Gregorio Cruzada y Villamil). En el «Semanario Pintoresco». 1854. Páginas 234 y 235.

Al Excmo. Sr. D. Evaristo San Miguel. En el «Semanario Pintoresco». Año 1854. Pág. 272.

María. Novela. (Dedicada a don Juan E. Hartzembusch). En el «Semanario Pintoresco». 1854. Páginas 268 a 270-276 a 280.

La felicidad. Variaciones sobre un tema de don E. Florentino Sauz. En el «Semanario Pintoresco». 1854. Páginas 289 y 290.

Esperanza. Novela. (Dedicada a) En el «Semanario Pintoresco». 1854. Páginas 307 a 311-314 a 318-322 a 326-334 a 336-342 y 343-350 y 351.

A la Srma. Sra. Infanta D.^a María Luisa. En el «Semanario Pintoresco». Año 1854. Pág. 376.

Mientras no hago nada. En «La Ilustración». Febrero de 1854. Pág. 383.

La expiación. Novela. En «La Ilustración». Febrero de 1854. Pág. ¿? Reproducido en «La Ibérica». 1857, Enero.

Una apuesta. Novela. (Dedicada a Fernán-Caballero, 1.^a parte; a don Ramón Navarrete, 2.^a parte, y a don Tomás Rodríguez Rubi, 3.^a parte). En el «Semanario Pintoresco». 1855. Páginas 3 al 6-13 a 15-21 a 24-29 a 31-37 a 40-45 a 48-55 a 62-70 a 72-77 a 80-86 y 87-94 y 95.

A Alemania. Poesía. En «El Semanario Pintoresco». Febrero 1855. Página 311.

Las lágrimas de Elvira. Poema. En folletín de «Las Novedades». Febrero de 1855. Números del 7-8-9-10-11 y 13 de Febrero.

Melodías sagradas. Poesía. En folletín de «Las Novedades». Febrero de 1855. Número de 5 de Abril.

Napoleón. Poema. En folletín de «Las Novedades». Febrero 1855. Números de 29 Abril 1 y 2 de Mayo.

Andrés. En folletín en «Las Novedades». Números del 17 y 19 de Junio de 1855.

Una carta. En «Las Novedades». Febrero de 1855. Número de 19 de Junio.

Otro Artagnan. En «Las Novedades». Febrero de 1855. Números de 21-22-23-25-26-27-28 y 29 de Septiembre.

Angela. Leyenda. En folletín de «Las Novedades». Febrero 1856. Días 3-5-6 de Febrero.

Una historia sangrienta. En «La Ilustración». Año 1856. Páginas 199-200.

La Hada del bosque. Poesía. En «La Ilustración». Año 1856. Páginas 311 y 312.

¡Aun hay patria! Poesía. Publicado en «La Iberia». 27 Septiembre 1856.
La flor del pantano. En folletín en «La Iberia». 1856. Números del 9 al 14-16 al 21 Diciembre. Editado. Madrid. Imprenta de Rojas. Traducido al portugués.

Del mal el menos. Poesía. En el libro «Mañanas de Abril y Mayo». Madrid. Imprenta La Discusión. 1856.

Estudios políticos. (Colección de artículos). Publicados en «La Iberia». 1857. Enero a Mayo. (18 artículos).

Del estilo poético. Estudios literarios. En el Semanario Pintoreco. 1857. Páginas 13-14 y 15.

El juicio final. Poema. En «La Iberia». 1856. Números del 17-18-19 23 y 24 de Septiembre. 6-7-10-13-18-24 y 27 de Diciembre. 1857. 15 de Enero y 5 de Febrero. (Sólo se publicaron dos cantos).

Francisco Salinas. En «El Museo Universal». Febrero de 1857. Páginas 45 y 46.

Juan Latino-El negro. En «El Museo Universal». Febrero de 1857. Páginas 65 y 66.

El Cardenal Jiménez Cisneros. En el «Museo Universal». Febrero de 1857. Páginas 78 y 79.

Para no dar aguinaldo. En «El Museo Universal». Febrero de 1857. Páginas 187 a 190.

El año grande. En «El Museo Universal». Febrero de 1857. Páginas 208 y 209.

En el entierro de Quintana. En «La Iberia». 1857. Número del 22 de Marzo.

Discursos de don Joaquín M.^a López. En «La Iberia». 1857. Número del 15 de Agosto.

Las Poetisas. En «La Iberia». 1857. Número del 22 de Agosto.

Apuntes sobre el teatro antiguo español. En «La Iberia». 1857. Números del 9 y 12 de Septiembre.

El Aguila. En el libro titulado «El Vergel». Madrid. 1857.

A una mujer, En «El Museo Universal». Febrero de 1858. Pág. 175.

Pronto o nunca. En «La Iberia». 1858. Número del 10 de Noviembre.

Italia. En «La Iberia». 1859. Número del 3 de Mayo.

A Doña Isabel II. En «La Iberia» 1859. Número del 8 de Septiembre.

Al Africa. En «La Iberia». 1859. Número del 23 de Octubre.

Teoría del progreso. Folleto escrito en contestación al que con el título de *La fórmula del progreso* ha publicado don Emilio Castelar. Tercera edición. Madrid. Manuel de Rojas. 1859. 92 páginas por dos hojas, 8.^o

Al Ejército. En «La Iberia». 1860. Número del 18 de Febrero.

Fe y Esperanza. En «La Iberia». 1860. Número de 24 de Mayo.

Una tumba que se ha cerrado y otra que está a punto de cerrarse. En «La Iberia». 1860. Número del 9 de Diciembre.

Posesiones de América. En el Almanaque de «La Iberia» para 1861.

El derecho divino y la soberanía popular en el siglo XIX. En el Almanaque de «La Iberia» para 1861.

A don Ventura Ruiz y Aguilera. En «El Museo Universal». Febrero de 1861. Pág. 107.

Los sueños de la tumba. Poema. En folletín en «La Iberia». 1863. Números del 4-7-9-11-14-16-19-22-24-26-29-31 de Julio; 2-5-7-9-12-14-16-19-21-23-26 y 28 de Agosto. (Sólo comprenden la introducción y el canto primero. El mismo año se imprimió en un volumen, en Madrid. Imprenta Manuel Rojas) ¿ ?

A Narciso y María. En «El Museo Universal». Febrero de 1863. Páginas 214 y 215.

Historia filosófica de la revolución española de 1868. Madrid. Editor Miguel Guijarro. 1864. Dos tomos. 4.º m. Hol. con láminas y setr.

Cantares. En el «Museo Universal». Febrero de 1864. Páginas. 71, 95 y 174.

En la tumba de Espronceda. En el «Museo Universal». Febrero de 1864. Páginas 318 y 319.

Un sueño. Poesía. En el «Museo Universal». Febrero de 1864. Página 390.

Reverente carta que dirige a S. M. la Reina Doña Isabel. Madrid. Imprenta «La Iberia». 1864.

Progresistas y demócratas, cómo y para que se han unido. Madrid. Imprenta de Rojas. 1865.

Historia del neo-catolicismo. Por entregas. (Sólo se publicaron 8. La octava en Diciembre de 1865).

Serenata. En el «Almanaque cómico-literario» de 1865.

Quien malas mañas ha... En el «Museo Universal». 1865. Páginas 102 y 103.

A unas aves. En «La Iberia». Año de 1866. Número de 28 de Marzo.

De Villarejo a Barranco. Cartas a un aldeano sobre la sublevación del 3 de Enero de 1866. 10 cartas. 5 desde Londres y 5 desde París. Publicadas en «La Iberia». 1866. Abril a Julio.

Dos historias. En el «Museo Universal». 1868. Páginas 311 a 312-315 y 316.

A don Pedro M.^a de Barrera. En el «Museo Universal» Febrero ¿ ? Páginas ¿ ?

A los electores de Zamora. 15 de Diciembre. Madrid. Imprenta de Rojas. 1868.

Colección de cuentos. Madrid. Señores Rojas. 1868. 280 páginas. 8.º millar. Holandesa.

Rienzzi. Drama. (Publicación póstuma). Madrid. Librería de Cuenca. ¿ ? Se estrenó (muerto el autor) en el Teatro del Príncipe, el 21 de Febrero de 1872.

Las épocas históricas. (Publicación póstuma). En el «Almanaque Literario» de 1874. Madrid. Imprenta de Rojas.

Reinado del hombre. (Publicación póstuma). En el «Almanaque Literario» de 1875. Madrid. Imprenta de Rojas.

Carlos Rubio, historiador

En la fogosidad de su vida inquieta y bohemia, el periodista por antonomasia, el cordobés Carlos Rubio, que habló, escribió, conspiró, y dedicó todos sus fervores al rescate de la libertad para la patria oprimida, dejó una voluminosa historia escrita: la «Historia filosófica de la Revolución española de 1868».

Este libro, cuyo recuerdo me toca hacer en la conmemoración académica al cordobés ilustre, es más hijo de su época que de Carlos Rubio. Es una obra que, por su título, por el cierto deslavazamiento de sus páginas, hilvanadas periodísticamente con retazos y atropellos, por la fogosidad de su texto, por el desenfado de su redacción, no podía ser más que de un político bohemio y romántico del XIX español.

Campea al frente de la obra el retrato del autor, según costumbre de la época. Cabellos crespos, barba hirsuta, aguda la mirada del ojo sano, gran solapa romántica. Para un estudio ampliamente biológico del autor, este retrato, como todos sus análogos, ayuda mucho a comprender la obra, y con ella toda su materia y el sentido de la época que describe.

Después, largas páginas de filosofía política y revolucionaria. Hace hincapié sobre todo, sin dejar de recorrer todos los movimientos revolucionarios que registra la historia, sobre todo en tiempos clásicos, en el sentido revolucionario del cristianismo. Para demostrar este aserto acarrea largas citas de los santos padres, en las que se condena la riqueza, la desigualdad social, la tiranía de los poderosos.

Cuando ya va llegando a los momentos revolucionarios de la edad contemporánea, el tono filosófico va desapareciendo para ir alcanzando tonos tremantes de la indignación. No digamos cuando describe la familia de los Borbones, cuyos estigmas degenerativos y aún criminosos, describe a grandes rasgos. Cuando llega a Fernando VII la indignación le ahoga, y sólo exhala una frase despectiva.

Como escritor liberal, de corazón ardiente y generoso, Carlos Rubio no se ceba en el caído. Pudo en su obra, habiendo sido perseguido y proscrito por los Borbones, haber volcado los tonos infamantes sobre la familia dinástica, cuando la soberana traspuso la frontera, y acaso se creyó que no volvería ella ni representante alguno de su estirpe. Pero generosamente se contiene, y esa dádiva liberal, no comprendida temperamentalmente por los espíritus reaccionarios, desvía con un altivo desdén, a veces con un caritativo perdón, la injuria recibida.

En la historia de la Revolución del 68, escrita por Carlos Rubio, hay entre otros muchos, un episodio que demuestra totalmente lo que decimos. Es el relato del fusilamiento, con honores de asesinato, de Fernández Vallín, en Montoro.

Leo los párrafos breves en que Carlos Rubio relata el episodio, porque demuestran la magnanimidad de su corazón de pura estirpe liberal. El bohemio y aristócrata periodista que era gran amigo de Carlos Rubio, juntos habían conspirado, los cenáculos y radaciones de la corte les eran fraternales, y el alevoso asesinato, de otra manera no se puede llamar, de que fué víctima Fernández Vallín, parece que debía despertar en la pluma de Carlos Rubio las más acerbas recriminaciones contra aquel general, cuyo nombre debemos dejar en el anónimo, que mató a Vallín.

Y sin embargo, este triste episodio, que en nuestros días ha narrado aún gentilmente la pluma de Valle Inclán, después de ser descripta sobriamente por Carlos Rubio, tiene en su obra esta magnánima explicación: aquello fué un acto de locura física, porque aquel general, muy poco tiempo después, murió en el manicomio.

Merece que nos detengamos aún en otro suceso cordobés de aquellos tiempos de definitivas repercusiones nacionales, desenlace de la historia y de la obra que los narra: la batalla de Alcolea.

Carlos Rubio no quiere describirla personalmente, con su sola visión objetiva, y seguro de que la posteridad buceará en tal suceso para extraer de él todas sus esencias históricas, inserta variadas narraciones, tomadas de diversas fuentes, todas presenciales, unas publicadas, otras inéditas, tomadas de esos manuscritos que para propio solaz y desahogo escriben tantos hombres, y cuyos papeles van luego a perderse en el desaliño del hogar.

Carlos Rubio, de esta manera se coloca imparcialmente frente a la batalla de Alcolea, esa batalla que también ha de describir con visión más localista otro escritor cordobés, y cuya batalla, en fin, acaso fué un esfuerzo más perdido en la historia de España.

De las consecuencias de ella acaso el mismo Carlos Rubio hubiera podido seguir escribiendo, si son ciertas aquellas maquinaciones de que se le acusa en otros sucesos no menos memorables, pero sí luctuosos que la siguieron y que también fueron trascendentales para la historia de nuestro país.

Fué, en suma, Carlos Rubio, un historiador, que hace la historia, que la vive y que la anima. Su papel de narrador es secundario, porque es bien sabido que actor y espectador no se puede ser al mismo tiempo, y para Carlos Rubio la acción histórica fué papel principal, como compete a quien fué adalid del periodismo español, y de su pluma hizo espada defensora de la libertad para la patria oprimida.

RAFAEL CASTEJÓN.



A un as a ves

Aves que vais hacia la patria mía,
Como van mis suspiros lastimeros,
Llevadla el beso que mi amor la envía.

¡Cuánta impotente envidia siento al veros,
Yo en nuestro valle soy piedra deshecha
Que con el pie separan los viajeros!

Bella te elevas en la mar salada,
Como en más breve mar la chipria Diosa,
Admirada de Albión ya que no amada.

De aquel Dios del trabajo eres la esposa
Que los mónstruos unció de mar tierra
A su regía carroza victoriosa;

Y que con lazos de oro ató a la Guerra
Cuyo sangriento acero trocó en plumas
Con que arma a la razón que la destierra;

Y aunque quizá, olvidando que es de espumas
De tus grandezas el cimientó incierto,
La creación tu pedestal presumas;

Y aunque quizá tu corazón ha muerto,
Y eres estatua colosal de duro
Mármol de tumbas, terso, blanco y yerto,

Asilo ofreces plácido y seguro
Al proscripto en tu hogar, donde luciente
Ve de la libertad el fuego puro,

Y no se juzga de su patria ausente,
Por que es la libertad la patria santa
de todo corazón y de toda mente.

Mas no extrañes que anude mi garganta,
Recordando otro pueblo y otra historia,
El dolor que mi espíritu quebranta:

Que hasta elevado a la celesta gloria
Conserva acaso el niño venturoso
De su pérdida madre la memoria.

¡Oh, España! ¡Oh, dulce España! ¡Oh, sol radioso!

¡Oh, cielo azul! ¡Oh, fuentes cristalinas!
 ¡Oh, verde campo en flores abundoso!
 ¡Oh, montes coronados de ruinas!
 ¿Qué pueden envidiaros Grecia y Roma?
 ¡Oh, canciones del pueblo peregrinas,
 Engalanadas con aquel idioma
 Que como el Tajo aurífero y abundo
 Cual flor de almendro de melifluo aroma
 Compite siempre con el mar profundo,
 Ya cuando ruga como hambrienta fiera
 Y espanta y mueve y ensordece al mundo,
 Y ya cuando en la alegre primavera
 De amor suspira al declinar el día
 Besando cariñoso la ribera!
 ¡Oh, humilde albergue en que en la infancia mía
 Junto a mi cuna, con amor sentada,
 Mi madre el libro santo me leía,
 Y apoyando ambas manos en la espada
 Recordaba mi padre fatigado
 Las mil batallas en que fué mellada!
 ¡Oh, solitario bosque perfumado,
 Do por mí sorprendido en una siesta
 Huyó amor de sus ninfas rodeado,
 Y una (la más hermosa y más modesta)
 De azules ojos y de voz suave,
 Huyendo más risueña y menos presta
 Entre las manos me dejó aquel ave
 En que el poeta sobre el mar mundano
 Al firmamento levantarse sabe!
 ¡Oh, templo del saber do quise en vano
 Mi alma encender en la sagrada pira
 Al escuchar al sacerdote anciano!
 Que si el poeta las estrellas mira
 Mientras los otros reman y se aleja
 Buscando flores cuyo aliento aspira
 Mientras los otros mueven trillo y reja,
 Es que está destinado a ser piloto
 Y a sacar miel de flores cual la abeja.
 ¡Oh, puerto resguardo de Euro y Noto,
 Donde cual Juan en Patmos evocaba
 Con el pasado el porvenir ignoto
 Y el gemir en las tumbas escuchaba
 De mártires sin fin, y allá en el cielo
 El himno redentor que contestaba!
 ¡Oh, callados sepulcros, que en el suelo

Guardáis mi corazón hecho pedazos
 Bajo las negras lápidas del hielo!
 ¡Oh, de fiel amistad tiernos abrazos!
 ¡Oh, templo que termina cruz erguida
 Abiertos siempre los piadosos brazos!
 ¡Oh, patria mía, en fin, patria querida!
 ¿Cuándo volverá a tí, cuándo en tu seno
 Podré de nuevo alimentar mi vida?

.

Pero ¿qué estoy diciendo? ¿Qué veneno
 El infortunio en mis sentidos vierte
 De todo honrado corazón ajeno?
 ¡Volver a España a presenciar su muerte
 Tras su agonía que vergüenza inspira!
 ¡Volver a España que reposa inerte,
 Yo que llamé a su puerta con mi lira
 Y después con el puño de mi acero
 Y no he logrado despertar su ira!
 ¡Nunca! ¡Jamás! ¡Recorreré primero
 La tierra entera a guisa de mendigo,
 Y tumba me dará suelo extranjero!
 ¡No quiero ser de su opresión testigo!
 Bástame su memoria que, despierta,
 Por do quiera que voy viene conmigo.
 Con sus lóbregas alas, muda y yerta.
 La noche, ave fatídica y gigante,
 Cubre una tierra al parecer desierta,
 Y en que tan sólo vago y oscilante,
 Entre malezas, túmulos y escombros,
 Fosfórico fulgor flota un instante.
 ¿Qué espectro colosal, de cuyos hombros
 Pende manchada y rota hopa sangrienta,
 Aumenta de este cuadro los asombros?
 En su derecha mano, macilenta,
 Un crucifijo, puño de una espada,
 En noble sangre enrojecida ostenta,
 Y en la izquierda la copa, que labrada
 Por todos los demonios de la orgía,
 De impurezas sin fin está colmada.
 Se alza la tierra cual la mar bravía
 Rompiendo de las tumbas los secretos
 Que abillantado mármol encubría;
 Y amenazantes, pálidos, escuetos,



Surgen, a Dios las manos levantando,
Pidiendo «Expiación» los esqueletos.

Mira el espectro al funerario bando.
Cual Caín a su víctima inocente,
Del Sumo Juez los pasos escuchando;
De Luis Onceno los temores siente
(Que no le ha de faltar una vileza),
Y sus supersticiones juntamente.

Con hipócritas muestras de flaqueza
Postra en la dura tierra una rodilla
Y besa el crucifijo, y llora, y reza;

Y así acallada su conciencia, brilla
La soberbia satánica en sus ojos;
Lanza de sí el el terror que le mancilla;

Hiérguese; con desdén y con enojos
De sus miserables víctimas airadas
Contempla frente a frente los despojos;

Alza después al cielo sus miradas;
No ve en ellos las cláusulas divinas
En el festín de Baltasar trazadas,

Y busca nuevamente en las ruínas
Siervos aletargados de quien sorbe
Las gotas de la sangre purpurinas.

¡Tal es la patria que mi amor absorbe!
¡La que pudiera ser, si despertara,
Miedo y amor y admiración del orbe!

¡Oh! Mientras tanto que su suerte avara
No vence con su antigua valentía
Y guerra a sus verdugos no declara;
Aves que vais hacia la patria mía,
Como van mis suspiros doloridos,
Llevadla el beso que mi amor la envía.

Mas no colgéis en ella vuestros nidos,
Ni apagueis vuestra sed en sus corrientes,
Ni os poseis en sus árboles floridos.

Pasad cual sobre lagos pestilentes
Sobre sus pueblos, cárceles medrosas,
Y sobre sus campiñas florecientes;

Y decidla que van por escabrosas
Sendas, solos, sombríos, fatigados,
Sus hijos recordando y sus esposas,

Los hijos de Espartaco, los soldados
Del alma libertad, que son girones
Del invencible lábaro arrancados;

Mas que en sus esforzados corazones

Llevan su patria por la tierra estraña
Hasta las más recónditas regiones,
Y entrar no quieren en la opresa España
Sino agitando su pendón ufano;
Porque el río al cruzar que humilde baña
Los límites del suelo lusitano,
Han jurado a la faz del firmamento
De la espada en la cruz puesta la mano,
Antes morir sin agua ni sustento
Y pasto ser de las salvajes hienas,
Que de nuevo vivir entre cadenas:
Y todos cumplirán su juramento.



LOS PRECURSORES

La historia ejemplar de un antiguo periodista republicano

RECORDANDO A CARLOS RUBIO

El 17 de Julio de 1871, murió en Madrid Carlos Rubio, que fué uno de los periodistas más populares que ha tenido España. Escritor ejemplar y modelo de abnegación y desinterés, merece que se recuerde su historia en estos días de constante evocación de los mártires de nuestra libertad. Había nacido Carlos Rubio en Córdoba, en Abril de 1831. Venido con su familia a Madrid, empezó la carrera de Derecho, que no llegó a terminar. Su vocación le lanzaba al periodismo, y en «La Iberia», el inolvidable periódico de Sagasta y Calvo Asensio, hizo famosa su firma. Centro de conspiración el periódico aludido, allí estaba a sus anchas Carlos Rubio, hablando de la República con un entusiasmo y una inspiración que conmovían a cuantos le escuchaban. Aunque no era orador, seducía por la sinceridad de sus ardientes palabras. Luego se ponía a escribir, y eran sus artículos una prolongación de lo que había dicho momentos antes. Sus compañeros de redacción le adoraban, sobre todo Sagasta, que, republicano entonces, veía en Carlos Rubio la personificación—el símbolo—de la revolución que preparaban entre todos y tenía que ser como la representaba aquel hombre, todo idealidad y espíritu de sacrificio.

Estaba instalada la redacción de «La Iberia» en la calle de Valverde. Diariamente iba al periódico Carlos Rubio, siempre desaliñado, siempre roto y y casi harapiento. El poco dinero que cobraba empleábalo, después de cubrir sus modestísimas necesidades, en dar limosnas y en socorrer a los pobres. No conocía lo superfluo. Como el ya olvidado Fermín Salvochea, creía que el hombre debía ser hermano del hombre. ¿Para qué

pensar en lujos ni vanidades, habiendo huérfanos y desgraciados? La bondad de su alma no tenía límites, y pudiendo haber sido todo, no quiso ser nada que no debiera a su pluma y su personal esfuerzo. Muchas veces iba a visitarle Prim, con el que marchó al destierro Carlos Rubio, después de un conato de sublevación fácilmente sofocado. Debido a la pluma del periodista fué el manifiesto que dirigió Prim desde Portugal a los españoles. Poco después pasó Carlos Rubio a Londres, donde contrajo matrimonio en 1865.

Sin cesar de conspirar pasó a Francia, con objeto de hallarse próximo a nuestra patria. Poco antes había circulado clandestinamente por Madrid una poesía suya titulada «A unas aves». Esta composición empezaba así:

Aves que vais hacia la patria mía
como van mis suspiros lastimeros:
llevadla el beso que mi amor la envía.

El 22 de Junio de 1866 estalló la sublevación preparada. Carlos Rubio, que había venido a Madrid una semana antes, luchó en una barricada en la plaza de Santo Domingo. Vencidos los nobles revolucionarios, se refugió Carlos Rubio en la Legación de los Estados Unidos. A los pocos días volvió nuevamente a Francia, instalándose en París, donde estuvo hasta septiembre de 1869, en que la revolución triunfante le llamó y trajo a España.

Sagasta quiso premiar los servicios del periodista, y le ofreció un elevado cargo en un Ministerio. Carlos Rubio se negó a aceptarlo. Retirándose a su modestísima—miserable—casa de la calle de la Verónica, siguió tan pobre como siempre había vivido. El periodismo era su única profesión, y continuó dedicado a él, ganando penosamente la vida. En la historia de su época figura constantemente su nombre como el de un héroe de mil anécdotas que pintan su carácter independiente, soñador y despreocupado. Esta historia no está en ningún diccionario enciclopédico, sino en los numerosísimos libros biográficos, autobiográficos e históricos que hay que consultar forzosamente para escribir algo relacionado con aquellos días heroicos de nuestra política y de nuestro periodismo. También está en los diarios de aquellos tiempos, a los que hay que recurrir para buscar la huella de hombres tan extraordinarios como Carlos Rubio, encargado de hacer para «La Iberia» la reseña de las sesiones del Congreso, que él escribía como un maestro.

No faltaba a ninguna sesión, y en la tribuna de la Prensa de aquellos días, tribuna descrita admirablemente por Rodríguez Corea en «La Es-

cuela Moderna»; por Eusebio Blasco en sus «Memorias íntimas», y otros ilustres periodistas, como Roberto Robert, en diversas obras, era Carlos Rubio objeto de constantes bromas que le gastaban sus compañeros por el desaliño y descuido de su indumentaria.

Cansado, al fin, de tanta lucha, de tanto trabajo y de tantas vicisitudes como había sufrido, murió a los cuarenta años de edad. Varios compañeros fieles y algunos admiradores escribieron un manifiesto recordando al Gobierno los méritos del periodista desventurado, y pidiendo al Gobierno protección para su familia. Nadie hizo caso a los amigos de Carlos Rubio, cuyo nombre debe figurar en el libro de oro de la Prensa republicana como el de uno de los periodistas más ilustres que ha tenido España.

«La Iberia» dejó de publicarse poco después. Fueron redactores suyos Sagasta, Calvo Asensio, Balaguer, Lustorio, Ruiz Aguilera, Llano y Perri y Añón y Paz, poeta gallego este último, gran amigo de Carlos Rubio, y muerto en Madrid en el Hospital provincial el 25 de Febrero de 1878. También figuró en la Redacción de «La Iberia» el periodista Ángel Campo Díaz, fallecido en 1872 en abandono tan completo y en una miseria tan absoluta, que no hubo en varios días quien se encargara de su cadáver para darle sepultura, teniendo que hacerlo las autoridades en nombre de la higiene, ya que nadie lo hizo antes en nombre de la caridad y el compañerismo. El caso de este periodista fué tan doloroso, que movió a unos cuantos a pensar seriamente en la constitución de una Sociedad que pusiera a los escritores a cubierto de parecidas miserias. Entonces fué cuando nació en muchos la idea, pronto convertida en realidad, de fundar la Asociación de la Prensa, maternal institución, que siempre responde a lo filantrópico y humanitario de su origen.

Para terminar estos breves apuntes biográficos del gran periodista republicano Carlos Rubio, diremos que instaurada gloriosamente en España la República, Dulcinea mental de aquel noble soñador que tanto luchó por ella, debe haber un recuerdo en estos días triunfales para el antiguo revolucionario, una de cuyas descendientes—una sobrina—vivía hace dos o tres años en un asilo, donde la vimos nosotros en unión de otras viejecitas que se enternecían oyéndola contar la historia de aquel antecesor suyo que «pudiendo haber sido ministro se contentó con seguir siendo un pobre periodista, que no la dejó más herencia a ella, su única heredera, que aquel asilo donde a la sazón se hallaba...»

JUAN LÓPEZ NÚÑEZ.

Madrid, 28 Septiembre 1932.

Pintura de Carlos Rubio

por

Pérez Galdós



CARLOS RUBIO, tuerto y picado de viruelas, vestido como un pordiosero, era el contraste más duro que puede imaginarse entre una facha y una inteligencia. Diógenes no parecía su maestro, sino su discípulo. Aborrecía el agua tanto como adoraba los ideales de Libertad y Justicia. Los que no conocían de él más que su prosa brillante, un poco lírica y sentimental, le habrían dado en la calle un ochavo moruno, si él lo pidiera. Así como otros

pregonan con la efigie su importancia, a veces su talento, él no pregonaba más que su extremada modestia. ¿Y qué mejor pregón de patriotismo que aquel pergenio de mendicidad? ¡Pobre CARLOS RUBIO! Jamás existió quien tan desinteresadamente trabajase por el bien de su patria, a la que no pedía más que un pedazo de pan para comer y un trapo de desecho para cubrir sus carnes. Si España necesitaba de él servicios patrióticos en determinado momento de su historia, y él los prestaba, ¡cuán baratos le salían! Envuelto en su historia, como en una toga, era digno, altanero, incorruptible.

1832-1871

En el Centenario de su nacimiento, el Ayuntamiento de Córdoba, su patria, ilustra con su nombre este riente grupo
♦ ♦ ♦ ♦ ♦ escolar. ♦ ♦ ♦ ♦ ♦



(Facsimil de la hoja repartida a los niños de las Escuelas Públicas).

Conmemoración del Centenario

Dos actos principales hubieron de celebrarse en Córdoba para recordar la fecha centenaria del nacimiento de Carlos Rubio.

Uno de ellos fué la Fiesta Escolar, con la inauguración del grupo que lleva su nombre, de la que damos referencia tomada de la prensa local, el «Diario de Córdoba».

El otro fué la Velada Académica que le dedicó nuestra Corporación, de la que damos también reseña tomada de «La Voz», otro diario local.

También la prensa por su cuenta publicó algunos artículos e informaciones que recordarán la labor y la figura de quien tanto honró la profesión de periodista.

No tuvo difusión popular este homenaje, pero aún en el recato de los iniciados, y con el perfume de la nueva generación a quien se hizo participar del recuerdo, tuvo una trascendencia local intensa, merecido galardón a la vida del fogoso patriota que fué Carlos Rubio.

FIESTA ESCOLAR

Inauguración del Grupo Escolar «Carlos Rubio»

(Referencia de la Prensa local correspondiente al 24 de Mayo)

Ayer, a las once de la mañana, verificose la inauguración del Grupo Escolar «Carlos Rubio», establecido en un amplio edificio de la Avenida del Obispo Pérez Muñoz.

Dicho grupo tiene capacidad para cinco escuelas de niños y cinco de niñas.

La instalación de estas escuelas es verdaderamente espléndida, sin que ello quiera decir que se haya derrochado el dinero en cosas innecesarias. Están dotadas de todo lo indispensable para la enseñanza. El mobiliario es moderno y ha sido confeccionado con arreglo a lo que aconseja la pedagogía moderna. No faltan en las aulas juguetes y otros accesorios que contribuyen a hacer amable la estancia del niño en la escuela.

Las clases son muy espaciosas y con mucha ventilación.

Tiene también el edificio un magnífico jardín, y en el centro de él una artística fuente.

Al acto asistieron el Alcalde don Francisco de la Cruz Ceballos, los Concejales don Francisco Salinas Diéguez, don Francisco Córdoba Fuentes, Delegado de Instrucción Pública; don Juan Palomino Olalla, don José Siles, don Rafael La Hoz y don Antonio Fernández Vergara; el Diputado a Cortes don Francisco Azorín Izquierdo; el Presidente de la Diputación provincial don José Guerra Lozano; Diputado provincial don Baldomero López Luque; Director de la Escuela Normal don Antonio Gil Muñiz y el Profesor del mismo centro don Manuel Blanco Cantarero; los Inspectores de Primera Enseñanza doña Rosario del Riego de Font, don José Priego López y don Alfredo Gil Muñiz; el Presidente de la Asociación provincial del Magisterio, don José Guerrero; doña Paula Saiz del Val, Directora del Grupo Escolar «Colón», y las Profesoras doña Amparo Rico Cano y doña Gertrudis Romero Losada; don Eugenio García Nielfa, Jefe del Negociado de Instrucción Pública del Ayuntamiento; don Carlos Sáez Santamaría, Arquitecto municipal; los Maestros del grupo que se inauguraba don José León Alvarez, don Braulio Rodríguez Ramos, don José Martos Candelas, don José Jiménez Cubero, don Luis Fernández González, doña Victoria Guerra Martos, doña Sofía Galiano Rodríguez, doña Mercedes Galiano Rodríguez, doña Juana Muñoz Cabrera y doña Carmen Pérez Dorado; el Profesor de la Escuela de Artes y Oficios don Rafael García Guijo; el del Conservatorio provincial de Música don Luis Serrano Lucena y otras muchas personas cuyos nombres sentimos no recordar.

Concurrió también la banda municipal de música, que interpretó con su reconocida maestría diversas composiciones,

El acto de la inauguración se verificó en una de las clases.

LOS DISCURSOS

Don José Priego López

El Alcalde, después de pronunciar breves frases, concedió la palabra a don José Priego López, quien después de cantar el alma de Córdoba, dijo que estamos en el camino de que se realicen los postulados defendidos por Ramón y Cajal y Costa.

Cajal quería que se cultivaran los yermos de nuestro suelo y los yer-

mos de nuestro cerebro, para que no se pierdan los ríos ni los talentos.

La construcción de escuelas ha coincidido con el nuevo régimen del campo. Se fecunda el suelo y se fecunda la inteligencia.

Costa decía: «Escuelas y despensas; campo y educación».

En Córdoba se ha dado un avance considerable en lo que respecta a la enseñanza pública desde el año 22 hasta hoy. En aquella época funcionaban únicamente en Córdoba veinticinco escuelas, y hoy solamente en el casco urbano de la población tenemos un centenar de ellas.

Se extendió en otras consideraciones acerca de este aspecto de la educación.

Luego dijo que en una reunión celebrada por la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes para tratar del homenaje a Carlos Rubio, él expuso la iniciativa de que se diera el nombre del ilustre periodista cordobés a un grupo escolar de Córdoba, teniendo la suerte de que la propuesta fuera acogida con entusiasmo.

Dió por ello las gracias al Ayuntamiento, como así mismo por haber instalado de tan espléndida manera el grupo Carlos Rubio, haciendo extensiva la felicitación a cuantas personas colaboraron en tan magnífica empresa.

Pidió que fueran llevadas algunas palomas blancas al jardín de la escuela, para que pregonen con la albura de su plumaje, cuando estén posadas, su candidez, y cuando echen a volar enseñen a los niños las rutas del ideal.

Refiriéndose al grupo escolar que se inauguraba, dijo que constituye solamente una etapa del camino que hay que recorrer, pues todavía quedan en Córdoba 12.000 niños que no pueden asistir a las escuelas por falta de ellas.

Terminó diciendo que la misión de todos los que tienen el deber de velar por la cultura, es recorrer todo el ámbito de Córdoba, para llenario de escuelas.

Don Francisco Azorín

Después habló don Francisco Azorín quien comenzó diciendo que obedeciendo la orden que había recibido del Alcalde y por representar a la provincia de Córdoba en el Parlamento, iba a pronunciar unas palabras.

Añadió que la República atiende con especial atención el problema de la enseñanza, no obstante haber dejado la Monarquía exhaustas las arcas de la Hacienda nacional.

La República—continuó diciendo—no es un régimen como el antiguo,

sino que impera en él la democracia del pueblo por el pueblo, para lo cual se necesita que los ciudadanos se instruyan debidamente.

Por esto el nuevo régimen atiende preferentemente al problema de la educación.

El Ministerio de Instrucción Pública era antes al que menos importancia se le daba. Se le consideraba como un ministerio de entrada. La República lo elevó al primer plano y llevó a él primeramente a un maestro del más alto significado espiritual, a don Marcelino Domingo. Ahora tenemos en Instrucción Pública a un profesor de Universidad de la más alta envergadura intelectual, a don Fernando de los Ríos.

Para esta obra de educación ciudadana se necesita contar con la colaboración de todos. El Estado cumple con su deber y los demás deben cumplirlo también, como lo viene haciendo nuestro digno Ayuntamiento.

Pero en Córdoba tenemos todavía una gran deuda con la cultura, pues como habeis oído, existen doce mil niños sin escuela.

Don Antonio Gil Muñiz

A continuación hizo uso de la palabra don Antonio Gil Muñiz que se ocupó de la revolución que se ha operado desde que se proclamó la República, en la educación nacional.

Tenemos un Ayuntamiento que hace un esfuerzo heroico para solucionar el problema de la falta de escuelas. Un Ayuntamiento empobrecido que gasta su dinero en favor de la cultura.

Tenemos el deber de poner en contacto el aula con la vida, por medio de una transformación espiritual. Nuestra Escuela Normal está caldesda para hacer esa transformación por que los alumnos se han dado perfecta cuenta de las exigencias de los tiempos en que vivimos.

Pero el problema subsiste y hay necesidad de continuar creando escuelas hasta que ningún niño carezca de ella.

Abogó por que se instalen en Córdoba escuelas para alumnos seleccionados y otras de anormales.

Recuerdo—continuó diciendo—que Giner de los Rios cuando se le preguntaba por el Instituto libre de enseñanza que él había creado decía: «El edificio no vale nada; material tenemos el necesario; la biblioteca es modesta; lo que vale es la orientación». Yo quiero que los maestros jóvenes tengan como nota fundamental de su función la orientación.

Con estas palabras terminó su discurso el señor Gil Muñiz.

El Alcalde

Don Francisco de la Cruz Ceballos hizo el resumen de los discursos.

Dijo que el Ayuntamiento está formado por hombres de distintas ideologías políticas, y que como es natural, discrepan en muchos asuntos, pero cuando se trató de aumentar el presupuesto de Instrucción Pública, ni uno solo puso reparo. Por ello los elogios que aquí personalmente se me han hecho, no corresponden a mí, sino al Ayuntamiento en pleno.

Ofreció atender al ruego del señor Priego López referente a que se lleven palomas al jardín del Grupo Escolar «Carlos Rubio», y agradeció al señor Azorín su intervención.

Prometió atender los deseos expuestos por el señor Gil Muñiz de que sea creada en Córdoba una escuela de selección y otra para anormales.

Terminó agradeciendo a todos su asistencia al acto y recomendando a los niños que sean fieles guardadores del tesoro que se les entrega y que aprendan a respetar los árboles y las flores.

Todos los oradores fueron muy aplaudidos.

VELADA ACADÉMICA

Anoche tuvo lugar en la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, la sesión extraordinaria pública y solemne que la Academia dedicaba a honrar la memoria de Carlos Rubio en el centenario de este brillante periodista y poeta cordobés.

Presidió el acto el director de la Academia don José Amo Serrano, ocupando con él lugares de honor el presidente de la Diputación provincial señor Guerra Lozano y el Alcalde de la ciudad don Francisco de la Cruz Ceballos.

En los demás lugares del estrado toman asiento don José Priego López, inspector jefe de Primera Enseñanza; don Rafael Castejón y M. de Arizala, director de la Escuela Veterinaria; los catedráticos del Instituto don Rafael Vázquez Aroca, don José Manuel Camacho Padilla y don Ezequiel Ruiz, la señorita Marina Calatrava, el cronista de Córdoba don José María Rey, y nuestro fraternal compañero de redacción don Francisco Córdoba Fuentes.

Abre la sesión el señor Amo y seguidamente la señorita Marina Calatrava leyó unas cuartillas bellísimas, originales del poeta y académico don Francisco Arévalo.

Don José María Rey, académico y cronista de la ciudad, leyó un do-

cumentadísimo trabajo que utiliza para presentar la bibliografía completa, hasta ahora inédita, de Carlos Rubio.

Don Rafael Castejón desarrolla en tonos elocuentes el tema «Carlos Rubio en su Historia Filosófica de la Revolución española de 1868».

Nuestro camarada señor Córdoba Fuentes lee unas vibrantes cuartillas, ofrenda de los periodistas de Córdoba a la memoria del destacado compañero.

El catedrático de Literatura del Instituto don José M. Camacho Padilla lee luego un hermoso juicio sobre «Carlos Rubio, poeta», mereciendo igual que los demás señores que intervienen en el acto, aplausos calurosos.

Finalmente, el alcalde de la ciudad cierra la velada con elocuentes y sentidas palabras, teniendo un recuerdo cariñoso, igual que los señores Camacho y Rey Díaz, para el periodista fenecido, Emilio Miranda, propulsor de homenaje a Carlos Rubio.

A las nueve de la noche terminó la cordial y simpática fiesta organizada para conmemorar este centenario de un cordobés ilustre, y no hemos de cerrar estas líneas sin mostrar nuestra extrañeza ante la frialdad y el silencio con que la fecha conmemorativa de Carlos Rubio ha transcurrido en ese Madrid donde el notabilísimo periodista derrochó los caudales de su talento y donde halló muerte oscura y llena de ingrati- tudes.



